

# De las arquitecturas fungibles de la forma

ANTONIO FERNÁNDEZ-ALBA

Una de las características de la sensibilidad moderna, iniciada de manera elocuente durante el período de ruptura de las vanguardias, ha sido el culto hacia el *objeto* y la manifiesta tendencia hacia la *abstracción*. Una parte considerable de los proyectos y edificios de la arquitectura moderna ha sido beatificada por la liturgia formal que consagraba lo objetual de la forma arquitectónica, aislando cuando no marginando la finalidad propia del edificio y consecuentemente su espacialidad. De tal determinación resulta evidente que la ciudad moderna ha sufrido con la implantación y celebración del *objeto* como arquitectura, la exclusión del concepto de *lugar* en favor de las cuestiones generales de la significación, y lo ha realizado por medio de unos códigos formales, resueltos a veces con significaciones iconográficas redundantes cuando no ambiguas. Las formas que se aprecian en la producción de las penúltimas arquitecturas que construye el modelo neoliberal de las sociedades democráticas se han visto invadidas por unos catálogos normativos de reproducción imaginaria, que permite ayudar, de seguir su rápido desarrollo hipericonográfico, una indeferenciación simbólica de los espacios de la arquitectura.

Frente a las metodologías científicas no artísticas, se levantaron en las décadas precedentes las insinuaciones de quienes entendían que el mal proyecto para la arquitec-

tura de la ciudad surgía por el equivoco interdisciplinar y la debilidad asumida del arquitecto, al dejarse invadir su territorio concreto por otros saberes no específicos del arte de simbolizar el espacio de la arquitectura. Recuperar lo *específico-arquitectónico* ha sido durante estas décadas una batalla confusa, pero ideológicamente bien programada, como lo muestran los ejercicios neoracionales de las *Tendencias*, las aproximaciones neoclásicas o las regresiones efímeras posmodernistas. Conocido es el desarrollo hasta los años 80 de esa cultura *fungible de la forma*: instantánea en su propaganda, despreciable en su temporalidad y fragmentaria en cuanto a su manifestación iconográfica se refiere; soportes ideológicos que tratan todos ellos de suplantar y superar la incapacidad que el discurso objetivo de la forma tiene, según el sentir de estos arquitectos, para incidir sobre la realidad ambiental y sustituirlo por el discurso subjetivo que el arquitecto, al parecer, posee para simbolizar la abstracción del espacio. Las muestras de adhesión con que fueron acogidas estas manifestaciones doctrinarias por escuelas y academias, y las secuencias que aún perduran en las operaciones de la construcción de la ciudad, vienen justificadas por las dosis de idealismo del que es solidaria su connotación simbólica y por el grado de seducción que el simulacro siempre confiere al sustituir el objeto de verdad por el fetiche.

Los resultados obtenidos en el espacio de la ciudad ponen de mani-

fiesto la dificultad que existe para establecer las correlaciones entre modos socioproductivos y modelos culturales. Estos obstáculos pretenden obviarse por una salida romántica, donde la reaparición de una subjetividad figurada permita la formalización de una arquitectura que tenga como soporte la utilización de los diferentes fragmentos en los que han desembocado las *fracturas del proyecto moderno*. Los signos neorrománticos en que está envuelto el relato arquitectónico anuncian la pérdida de protagonismo de los valores políticos, sociohistóricos y científicos que caracterizó el determinismo del proyecto arquitectónico hasta bien entrada la década de los años 70; signos que evidencian la preponderancia en el control del espacio físico por los sistemas que monopolizan el poder económico y donde los *tiempos de reflexión* alrededor del proyecto de la arquitectura, han sido eliminados por una auténtica metamorfosis de la *reproducción*.

El nuevo contenido mesiánico que rodea la arquitectura de la ciudad y en el que manipulan ardorosos críticos y singulares escenógrafos urbanos, intenta, desde sectas y cofradías bien acopladas, indagar de nuevo los maltrechos orígenes de la *modernidad*. No se trata de los revisionismos eclécticos que con tan apasionado realismo se formulaban en los 70: aquella mezcla explosiva entre heterodoxia marxista y recuperaciones formales de la romanidad-fascista; ni por supuesto el funcionalismo kitsch, con el que se pre-

tendía complacer los entornos agitados de la sociedad posindustrial norteamericana. La crisis del paradigma moderno requiere un nuevo universalismo que tranquilice, desde la comunicación y emblemática de los símbolos la *inhospitalidad*, cuestión fundamental, como se sabe, ligada a la concepción del espacio contemporáneo.

Si habitar el espacio moderno de una manera razonable, parece condenado a una condición irremediablemente inhóspita, tratemos de optar por localizaciones más inmediatas, próximas y reconocidas. El habitar como el descubrimiento del *locus*, según el testimonio de Heidegger. Desde esta condición irredenta del habitar moderno surge la necesidad de indagar en lo *local*, la esperanza alternativa de un proyecto de redescubrir los fragmentos enterrados, las arqueologías de lo *regional*. Lo regional como un nuevo paradigma de la posibilidad del habitar redimido.

Semejante sentir antropológico resulta difícil instrumentarlo como modelo para la producción formal arquitectónica, sin que este sentimiento no desarrolle un vínculo con el concepto de ruptura simbólica que lleva implícita cualquier manifestación de la arquitectura en el siglo XX, aunque sea necesario señalar que a estas alturas del siglo, las *rupturas* en el mundo de la forma parecen ya consumadas de la misma manera que la crítica social o el concepto de vanguardia se encuentran entumecidos por tantos enunciados de teorías que han concluido

## I. El retorno de los regionalistas

en simples taxonomías. Una lista sin fin avala a arquitectos y arquitecturas inscritos en el discurrir de lo *regional*. Dioses locales e internacionales, hábiles eruditos y críticos recluidos en los márgenes de sus aulas, se afanan por elevar lo regional a un nuevo universalismo como propuesta sustitutiva al desmantelamiento sufrido por el *estilo internacional*.

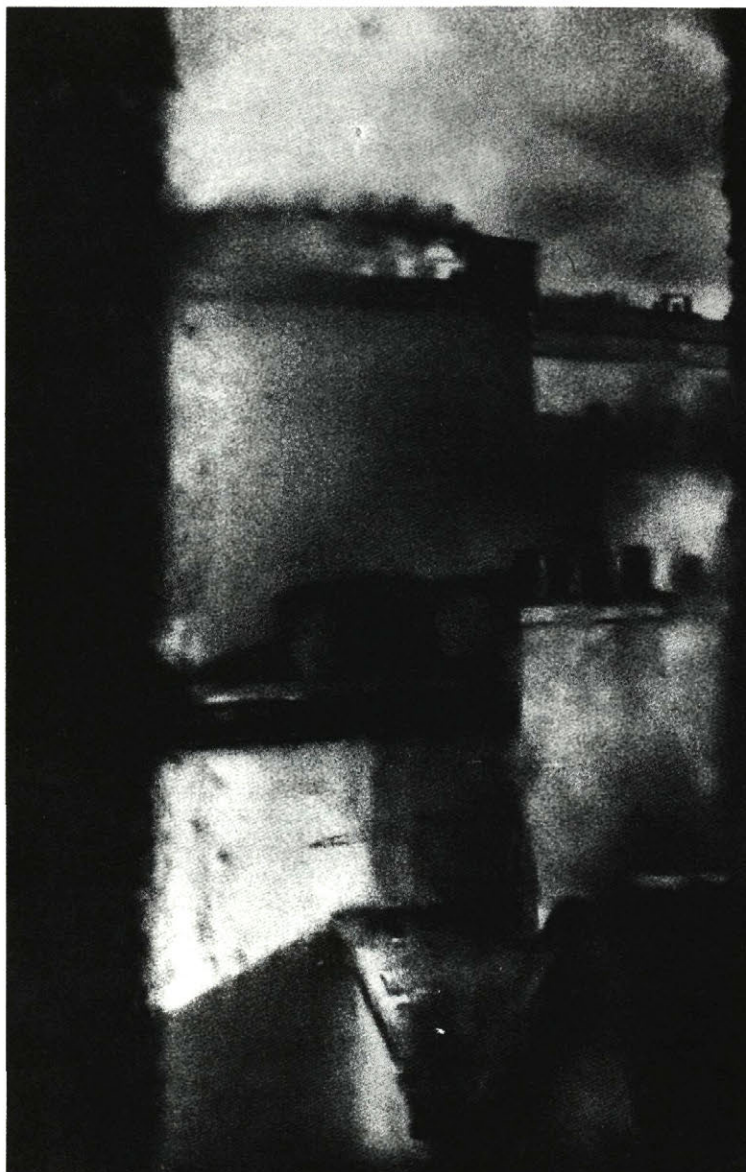
En los márgenes de los países periféricos, donde habita la miseria, se complementa la ideología de lo regional como una supuesta teoría de lo necesario. Utilizar técnicas y medios para formalizar imágenes próximas a la arquitectura vernacular de manera que cumplen una doble misión: liberarse de los lenguajes sofisticados de las tecnologías complejas y poder involucrar los signos más inmediatos de la cultura anónima del lugar. El éxito y la difusión que adquieren algunos trabajos de los arquitectos inscritos en estos extremos de la historicidad de lo regional son tan aleatorios como su falsa expresividad, pues resultan objetos diseñados desde los rasgos de una estética de la miseria de lo residual. Una regionalidad de lo marginal al servicio de los alfabetos formales en las sociedades industrializadas. Lo regional entendido como símbolo acumulativo, como intercambio de plus-valor simbólico de la *ética de la escasez* en las *estéticas de la abundancia*. Un proceso más de la mercantilización de los valores formales, de su instrumentalización como objetos espectaculares, como acontecimiento transitorio, en ese

juego de fuegos inquisitoriales al que viene sometida la arquitectura como *mercancia* de intercambios simbólicos comercializados. Pese al generoso voluntarismo de historiadores y críticos como L. Lefaivre o A. Tzonis, que observan las corrientes regionalistas como algo más que un sentimiento hacia el lugar, intentando ver en sus postulados un medio de «aguijonear la conciencia»,

una crítica social frente a las arquitecturas de hiperconsumo; lo cierto es que tanto los valores histórico-culturales que en ellos subyace como su pretendida crítica social en el panorama del pensamiento arquitectónico actual, no se puede entender más allá que como un eco de posiciones más fuertes de posturas surgidas en los presupuestos ideológicos de los movimientos eco-

gistas y antiurbanos, en el sentido de ofrecer resistencia a los procesos devastadores del medio natural o de la confinación ambiental del espacio urbano. Una filosofía del medio que se inicia con los incipientes trabajos regionalistas de Lewis Mumford y una toma de conciencia política en busca de una relación más apacible entre evolución social y naturaleza, frente a las expoliaciones inmisericordes de recursos naturales y microculturas de determinadas sociedades no evolucionadas.

Los postulados de un crítico como Frampton, quien considera como «vanguardia crítica» a la reivindicación de lo *regional* o bien intenta superar la dialéctica entre *civilización y cultura*, o *espacio* frente a *lugar*, no dejan de ser más bien un recurso de subsistencia académica que un movimiento de resistencia formal en un medio como el norteamericano, donde el desarrollo teórico de los prototipos de la producción formal arquitectónica no debe olvidar que su finalidad última debe reconocer el significado del verbo *colonizar*. ■



De la serie "Ventanas", 1975, fotografía de Kehchi Tahara.

Antonio Fernández-Alba es arquitecto y catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Entre sus últimas obras figuran el Tanatorio de Madrid y la rehabilitación de la primera fase del Centro Reina Sofía. Estuvo vinculado al grupo El Paso.